

NAVIO "ASIA", EX SAN GERONIMO " DESPUÉS NOMBRADO "CONGRESO MEXICANO"



**VICEALMIRANTE IMN.
MARIO LAVALLE ARGUDIN.**

OCTUBRE DEL 2002.

3

Que el Navío **NAVÍO "ASIA", EX-SAN GERONIMO** echos quedará al servicio **DESPUÉS NOMBRADO "CONGRESO MEXICANO"**. De sus individuos y propiedades.

El 15 de junio de 1825, se recibió en México la noticia por extraordinario, de haber fondeado allí el Navío "Asia", de porte de 56 cañones, y el bergantín "Constante", poniéndose ambos buques a disposición de nuestro Gobierno, debido a una sublevación de sus tripulaciones.

Tercera. Que el Gobierno de México saliera 82,325 pesos que se debi. Uno y otro buque salieron del Callao el 2 de enero, juntamente con otros: algunos se dirigieron a Chiloe, otros a Manila y a la península española, a causa de la derrota del ejército real en la acción de Ayacucho que decidió la suerte del Perú. Zarparon para Manila el navío "Asia" y los bergantines "Aguiles" y "Constante", con la corbeta transporte "Gasingtón". Arribaron y dieron fondo en Omaja, isla de Guam, una de las Marianas, para hacer agua. Provisto de lo necesario y pronto a zarpar, se negó la tripulación del "Asia" a obedecer, pretextando la escasez de paga, y de varios surtimientos indispensables, lo que causó un movimiento de sedición que se mostró en no querer levar anclas para dar la vela la noche del 10 de marzo. Aumentó su resistencia y obstinación al sacudir con fuertes palos a los marineros: entonces dieron el grito de rebelión sin embozo, prendieron al comandante del "Asia" D. Antonio Guruzeta y enseguida hicieron venir a D. José Martínez que comandaba el bergantín "Constante" para que se hiciese cargo de su dirección y comando del "Asia". Al día siguiente 11 de marzo, desalojaron del "Asia" a todos los oficiales de guerra y mayores, conduciéndolos a tierra con sus equipajes. Después pasaron al buque "Gasingtón", del que sacaron el velamen que estaba bastante deteriorado, y parte de la arboladura y prendieron fuego a este buque. Igualmente los del bergantín "Aguiles", se apoderaron de este la misma noche del 10 abril y se mantuvo a la expectativa de lo que sucedía. El 11 se separó de los fuegos del "Asia" y navegó a rumbo opuesto. El día 12 en junta que convocó Martínez con toda la tripulación, para explorar su voluntad acerca del rumbo que debían tomar, acordaron que fuese a Monterrey de California para habilitarse de víveres, y ponerse bajo la protección de las Leyes Mexicanas. Efectivamente, llegaron a dicho punto el 26 de abril siguiente. A consecuencia de esto permitió que se hiciese corte de leña y acopiasen víveres. Con este Jefe estipularon que se entregaría el navío "Asia" al Gobierno de México bajo las siguientes condiciones:

Que el Navío y Bergantín con toda su fuerza y pertrechos quedaría al servicio de la Nación Mexicana, garantizando la seguridad de sus individuos y propiedades.

Segunda: Que estos jurarían la independencia de la Nación, menos los que quisiesen regresar a España, pues lo harían facilitándoles pasaportes y auxilios.

Tercera: Que el Gobierno de México satisfaría 82.325 pesos que se debían a la tripulación.

Cuarta: Que a los capitulados que quisieran quedarse se les daría carta de seguridad, con expresión en ella de ser individuos capitulados del "Asia".

He aquí el modo sencillo con que la Nación adquirió uno de los mejores buques de la Armada Española, que no pocas veces había estado en nuestros mares y puertos para conducir caudales, y donde vinieron las primeras tropas expedicionarias que atacaron su independencia y libertad.

Como dato curioso debe anotarse el que: tanto en el navío como en el bergantín, el pabellón nacional mexicano en lugar del campo verde, lleva puesto azul, por no haber ni en los barcos ni en Monterrey género verde alguno, al dar la vela hacia Acapulco el 26 de mayo de 1825. Para el 11 de junio, en la mar, el teniente de fragata José Martínez, explica que ningún oficial antiguo le acompaña, que como 2º Comandante trae a quien era tercer piloto, José Cárdenas, el cirujano lo es Nicolás Marusi y el contador Diego Iturte, y que la dotación cuenta, a parte de los oficiales de mar menos 2 contramaestres que han quedado en Guajan, los individuos de tropa de marina, 38 del destacamento de brigadas de artillería y 271 plazas de marinería; añade que ha de ser Juan Malarín el comisionado con la correspondencia de oficio del gobierno de Monterrey para el supremo de los Estados Unidos Mexicanos. Al llegar a Acapulco el 17 de junio, el comandante Martínez comunica que el pago o adeudo de sus hombres alcanza 82,300 pesos 3 reales, 9 centavos, y que el estado que manifiesta su barco comprende:

En Acapulco el Barco cambió de nombre, se le rebautiza como Congreso Mexicano; al parecer el mando inicial se le asigna a Mateo Pío, el que solicita en 13 de octubre la partida al mando del capitanía el 8 de octubre, el 14 de octubre por falta de liquidación del viaje para pasar a la capital, en previsión de enviarlo hacia el Moral opusculo con el que se le envían los enlista el 5 de noviembre a un informe sobre los destinos del barco. Se piensa enviar el navío hacia el "CONSTANTE" específico, es éste último el que se encarga en acarrear los efectos para la habilitación de aquél, transcurren así las últimas semanas del año. Hacia fines de enero de 1826 el comandante del barco María Tosta; para ese entonces se han dictado órdenes en el sentido de que algunos aspirantes a la ciudad de Acapulco hasta el navío con la ciudad donde han estado, llegando al puerto de Acapulco el 25 de febrero. En tanto se prepara el viaje de regreso en el sentido de que se realicen continuas reuniones, realizan continuas reuniones en el espíritu de subordinación necesaria en su conducta; el 15 de marzo o el 1° de abril, y en previsión de relaciones al comandante; especialmente de navegación con vigilancia extra, y en lo de llevar a bordo a dos diputados del Congreso de Panamá que serán transbordados el "CONSTANTE" -este lo ha de acompañar un cierto trecho en su oportunidad. En postdata, Manuel Gómez Pedraza indica que ya en el Atlántico se dirija a Jamaica- luego se le cambiará la orden señalando Santa Martha o Santa Margarita como islas a recalar y que al encontrar tras la latitud del Cabo de Hornos a algún barco de la escuadra combinada de México y Colombia, se identifique de día fondeando un gallardete blanco en el palo mayor.

Comandante	1
Oficiales Mayores	3
Guardias Marinas	6
Tropa de Infantería	108
Tropa de Artillería	38
Oficiales de Mar	31
Artillero de Preferencias	18
Artilleros ordinarios	53
Marineros	137
Grumetes	55

Cañones de a 24	26
Cañones de a 18	28
Cañones de a 8	16
Cañones de a 8 de bronce	2
Cañones de a 12 de fierro	1
Carronadas de a 8	1
Obuses de a 4	4
Balas de a 24	1000
Balas de a 18	1040
Balas de a 12	50
Balas de a 8	400
Balas huecas de a 8	20

En Acapulco el Barco cambia de nombre; se le rebautiza como Congreso Mexicano; al parecer el mando inicial se le asigna a Mateo Plowes uno de los oficiales de San Blas-, pues es él, el que solicita en 13 de septiembre artículos y maestranza; aun cuando la partida al mando del capitán José Salazar sale de la capital para el puerto el 8 de octubre, el 14 de noviembre inmediato la tripulación protesta por falta de liquidación determinado número de marinos es destinado a pasar a la capital, en previsión de insubordinación y con el objetivo de enviarlos hacia el litoral opuesto; a su llegada a México, el mismo José Salazar los enlista el 5 de noviembre, señalando que ascienden a 94; agrega un informe sobre los destinos que se les asignan. Como el gobierno piensa enviar el navío hacia el Golfo, y dejar al "CONSTANTE" en el Pacífico, es éste último el que se encarga en acarrear los efectos para la habilitación de aquél; transcurren así las últimas semanas del año. Hacia fines de enero de 1826 el comandante del barco lo es ya José María Tosta, para ese entonces se han dictado órdenes en el sentido de que algunos aspirantes, 12 en total, pasen del colegio de Tlacotalpan hasta el navío con el objeto de realizar sus prácticas; desde la ciudad donde han estudiado parten el 3 de noviembre de 1825, llegando al puerto guerrerense entre el 10 y 12 de enero de 1826. En tanto se prepara el viaje de traslado del navío, no cesa Tosta de quejarse en el sentido de que los españoles, válidos de la capitulación, realizan continuas reclamaciones, y entre ellos no existe el espíritu de subordinación necesario, de tal suerte que la marinería se pervierte en su conducta; el presidente ha resuelto que el barco zarpe el 31 de marzo o el 1º de abril, y en el 18 de marzo señala con claridad las instrucciones al comandante, especialmente en lo que respecta a efectuar la navegación con vigilancia extrema para que el enemigo no recobre el buque, y en lo de llevar a bordo a dos diputados del Congreso de Panamá que serán transbordados al "CONSTANTE" -este lo ha de acompañar un cierto trecho en su oportunidad. En postdata, Manuel Gómez Pedraza indica que ya en el Atlántico se dirija a Jamaica- luego se le cambiará la orden señalando Santa Martha o Santa Margarita como islas a recalar y que si encuentra tras la latitud del Cabo de Hornos a algún barco de la escuadra combinada de México y Colombia, se identifique de día fijando un gallardete blanco en el palo mayor.

relarse poridos muchos tonos,
convienen los asistentes a ella en que calculados 81 días de navegación
a Valparaiso y no contando con agua más que para 48 es preferible

4

Con un triángulo equilátero rojo en el centro, cuyo tamaño sea tal que no pueda confundirse en la distancia; la señal de inteligencia nocturna será el situar 3 faroles: uno a proa, otro a popa y otro en el palo mayor, la salida se pospone, y el 24 de abril, Tosta es de opinión que se separe a varios capitulados; para entonces cuenta con 246 hombres de la capitulación, 187 de tropa de infantería y artillería, 96 de leva, en total 529 -sin contar oficiales, aspirantes y algunas otras plazas sueltas-, de los 594 de dotación que ha de cubrir; propone reclutar en Lima o en Valparaíso a marineros, o enganchar gente desde luego.

Y es que ha sido advertido de un supuesto motín que debería tener lugar una vez salido el barco de puerto; las pláticas y comentarios denotan que los capitulados están muy a disgusto; un anónimo de un -americano- demuestra que algunos vecinos europeos antiindependientes radicados en Acapulco pretenden seducir a los marinos del navío hasta hacerlos desistir de la expedición; así se nombra al mismísimo alcalde primero, el portugués Antonio Almeyda, al sindico Pablo Vidal Gallegos, a Pablo Ruiz- primer piloto del barco- y a los primeros y segundos contramaestres, la delación dió motivo e investigaciones inmediatas, resultando encárcelados o asegurados en la cárcel: -el contramaestre José Rodríguez y los marineros Vicente Aviar, Juan Avilés, Agustín Ibarra y Juan García; el conato se liga al hecho de que la corbeta "Flor del Mar", salida en 1824 con patente del gobierno para que arbole el pabellón republicano, en llegando a Manila o entre a Filipinas con bandera española.

La dotación del Asia disminuyó entonces con el traslado de los sospechosos a México.

El "Asia", a pesar de las dificultades, el 12 de junio de 1826, llevando como segundo comandante y encargado del Detall al 1er. Tte. Manuel Lara Bonifaz; viaja también entre la tripulación Blas Godinez para el 21 inmediato tiene que celebrarse en la Cámara alta una junta de marina al darse cuenta el comandante de que apenas si el barco ha avanzado 8° de latitud debido a los vientos flojos y calmas que lo han detenido, y la aguada es menor de la necesaria por hallarse podridos muchos toneles; convienen los asistentes a ella en que calculados 61 días de navegación a Valparaíso y no contando con agua más que para 46 es preferible

acercarse a Guayaquil, Paita u otro puerto de la costa para renovar la pipería; de ahí que el 30 de julio arribe la nave a Guayaquil, en la isla de la Punta abandona los toneles desvencijados; ciertas compras se realizan, pero no se consigue marinería extranjera de ninguna manera. Rumbo a Valparaíso surgen las primeras dificultades con algunos aspirantes, pero la navegación es feliz y ligada en 41 días, a pesar de los fuertes temporales que el barco soporta; al ser así, el barco entra a puerto Chileno el 29 de septiembre de este año. Cuando Tosta ancla, anuncia a José Ma. Horta: "El comandante del navío Congreso de los estados Unidos Mexicanos tiene la honra de ofrecer a V.E. la más sincera estimación y suplicarle haga presente el Excmo. Sr. Presidente de la República de Chile el profundo respeto que lo anima hacia el pueblo y supremo gobierno de este estado, aliado y hermano de México. Mi gobierno me ha comisionado con este navío a operaciones importantes a la causa de toda la América en el mar de Las Antillas..." "El sufrimiento de Tosta y su tripulación comienza en realidad a estas alturas, al no poder colocar en el mercado chileno las letras que lleva avaladas por el gobierno, con cambio en la casa Barclay, Herring, Richardson y Cía., de Londres, la estancia integra del comandante en Valparaíso -y sus frecuentes visitas a Santiago- y el retraso del viaje debense a las dificultades económicas."

Los ingleses, cuenta, no están ociosos en desacreditar las letras por las quiebras sucedidas en Londres con las casas importantes, y por las instrucciones que dicen tener de sus principales para no remitir a Inglaterra libranzas, sino dinero en efectivo; los agiotistas entran en juego, y hay quien le ofrezca tomarlas con un 30% de pérdida de su valor intrínseco, recurre al extremo de anunciar en la prensa que teniendo en su poder una gruesa cantidad de letras del gobierno supremo de México, a cuenta del empréstito que ha hecho la casa Barclay a dicho gobierno, desea cambiarlas por efectos navales, como jarcia, lona, brin, vestuario de marineros, y provisiones compuestas de galletas, carnes saladas, minestrás y aguardiente. Dando una parte de importe de dichas libranzas en efectivo numerario para los pagos en metálico que hay que hacer a la gente de dicho buque; piensa hasta viajar a Lima, para ver si allí consigue el cambio.

Naturalmente, ante las circunstancias, a pesar de que los hombres se conservan con salud en ese clima sano, principian a impacientarse; el relativo ocio y falta de dinero no son sino un paso a la deserción o la

rebeldía; entonces recurre hasta el gobierno chileno, y éste en cierto modo apoya los trámites del comandante, tratándose a la vez a desembarazarse del problema que representa la carena del buque y el sostenimiento de la tripulación. Monótona es la serie de entrevistas, acuerdos, trámites, hasta lograr que en sucesivas escrituras, desde el 13 de marzo de 1827 exista un contrato mercantil con José Luis Aycinena y Cía., que se modifica en 16 de abril y 16 de junio siguiente, el 31 de julio de este año, Tosta declara: daré por recibido a entera satisfacción de todos los artículos que constan en las cuentas, anotando que las partidas suman 241.589 pesos 5 reales, cantidad de la que es deudor, el gobierno de los Estados Unidos Mexicanos. Mientras el tiempo corre, el 1º de marzo de 1827 Miguel Barragán, en Veracruz, indica que, siguiendo instrucciones del ejecutivo, envía a Ángel A. Velez a la isla de Santa María o a la de Santa Margarita para entregar a Tosta pliegos de extrema importancia- a estas alturas en México se cree que el navío debe estar por llegar a Las Antillas, desconociendo los acontecimientos-; luego informa que en su lugar va Simeón Ramírez, distinguido en las operaciones contra Ulúa; en resumen se instruye a Tosta que una vez llegado a las islas, no demore más tiempo que las horas precisas para proveerse de alguna agua y se dirija a la costa de Yucatán, al puerto de Pandeola, cuyo fondeadero interior deberá tomar, alijando lo suficiente para penetrar por la barra, en concepto de que la invecindad neutral podrá asegurar el navío de las tentativas de los enemigos que reforzados cruzan por tales fechas entre los bajos de las tortugas y costas del norte de Cuba, permaneciendo anclados nuestros buques en el surgidero de Cayo Lucio, con cuyo jefe el capitán de navío don David Porter, se pondrá V.G. en comunicación . . . Algunos elementos, como José Prieto Rambla, llegan procedentes de distintos puertos suramericanos del Pacífico, quizá obligados por la penuria a buscar el regreso a la patria, desistiendo de la prosecución del viaje, el 2º comandante Manuel Lara es amonestado en varias ocasiones, al igual que ciertos aspirantes -entre ellos los más connotados son: Juan Heredia, Ramón Martínez Francisco y José M. Anaya-; **Blas Godinez** esta a punto de ser separado del servicio. Tosta desea informar al ejecutivo mexicano acerca de sus vicisitudes; solicita el bergantín goleta "Moctezuma" al gobierno chileno para que se le destine dinero; empero, sabiendo que la corbeta inglesa "Jaseur" parte para San Blas, prefiere enviar con ella el parte; es entonces cuando anota que la carena del barco a concluido, y ha quedado toda de cobre nuevo el 23 de diciembre de 1826.

1827, a las 2 de la tarde, rumbo al sur. Conociendo la posición aproximada que lleva a zarpar, por el Estado que manifiesta su comandante, firmado el 1ro. De agosto, en el anota.

10

Imaginemonos a Tosta arruinado y mortificado por los compromisos ante la presión de los tripulantes hambrientos y sin paga; su carácter, descrito como violento, debe haberlo llevado fácilmente a la exasperación; de ahí que también enferma, para el 24 de marzo de 1827, una luz aparece en sus escritos -derivadas ciertamente de la primera firma con Aycinena-, cuando precisa que el Supremo Gobierno, corona la obra con la expresada garantía poniéndoen movimiento el navío detenido a causa de no haber podido cambiar las letras del gobierno contra la casa. . . , allí comunica que tiene noticias de que la escuadra española de las Antillas consta del navío "Guerrero", fragatas: "Iberia", "Lealtad", "Perla", "Sabina", "Aretuza", y varios buques chicos, Tosta busca en consecuencia, un navío- o goleta o bergantín- para llevarlo consigo y no exponerse a una fuerza tan superior a la suya. Todavía el 29 de marzo Miguel Santa María el ministro plenipotenciario de Colombia en México, dirá que su país está próximo a emprender en común operaciones navales contra el enemigo, pensando seguramente en el "Congreso Mexicano", ignora que Tosta, desesperado, informa en 12 de abril sobre extremas dificultades, por demora de los trámites del convenio a escriturar en definitiva; a la firma, el gobierno mexicano queda obligado al pago de las letras bajo todas condiciones y no haciéndolo deberá abonar los mismo intereses, y perjuicios.

Para completar la dotación, José María Tosta tiene que recurrir a extraños en Valparaíso, antes de proseguir, menciona haber aceptado como oficiales a los ingleses William Williams y Juan Unsworth, y el capitán de fragata chileno Roberto S. Simpson quien ha servido como guardiamarina en la armada inglesa, continua expresando que Manuel Lara resulta incompetente para su cargo, pero su devoción a la patria y su valor provado le harán desempeñar el Detall al concluir la campaña; decide, a pesar de la falta de gente, deja en Chile a ciertas personas - sobre el particular hay dudas de deserción o de abandono , mas tarde se suscitara la necesidad substanciar las causas por haberse desembarcado del buque determinados sujetos-, entre ellas el capellán Lastra, el teniente Velázquez, y el subteniente Brisas, el 2º teniente Arana y el aspirante Heredia; sabe que al llegar a Cabo de Hornos debe abrir, según las instrucciones primitivas, los pliegos, lacrados; comenta que al navío no le queda un real para cualquier evento.

El Ex-"Asia" sale de Valparaíso el 24 de agosto de 1827, a las 2 de la tarde, rumbo al sur. Conocemos la dotación aproximada que lleva a zarpar, por el Estado que manifiesta su comandante, firmado el 1ro. De agosto, en el anota:

- Capitán de Fragata Roberto Simpson.
- 1er. Teniente Manuel Lara.
- 1er. Teniente Guillermo Cochran.
- 2º Teniente Santos Iglesias.
- 2º Teniente Francisco Meayaga.
- 2º Teniente graduado de 1ª Pedro Ruiz.
- 2º Teniente graduado de 1ª Will William.
- 2º Teniente graduado de 1ª Juan Unsworth.
- Teniente Coronel Graduado del Batallón 3ero. Comandante Manuel Gil Pérez.
- Aspirante de 1ª—13- Ya señalados oficial 3º del ministerio y contador Miguel Prieto.
- Capellán Joaquin de la Virgen.
- 1er. Cirujano José Ma. Marín.
- 2º Cirujano José María Anaya.
- 3er. Piloto Eduardo Davier.
- Jaime Berro.
- Diego Malardín.

• Maestro de víveres Manuel Loredo.	
• Tropa de Infantería	119
• Tropa de Artillería	33
• Contramaestres y guardiamarinas	5
• Carpinteros	12
• Calafatees	0
• Armeros y Faroleros	3
• Artilleros de preferencia	43
• 1os. Marineros	53
• Artilleros ordinarios	11
• 2º Marineros	52
• Marineros ordinarios	32
• Grumetes	154

Total 11 oficiales de guerra.

13 Aspirantes.

8 Oficiales menores.

517 Tripulación.

549

Luego, poco se sabe, pues la información termina. El 4 de septiembre se reconviene a Tosta por su pasiva permanencia en Valparaíso; se le ordena informe por todas las vías que estén a su alcance, las razones que motivaron su demora -ignorante el gobierno de que ha zarpado- Al salir, el comandante deja 20 marineros y soldados en el hospital; uno de ellos Pedro A. De Arana, pretende ir a Santiago porque sufre cáncer en la mano siniestra, entre el dedo pulgar y el índice, y esta a punto de perderla. Quienes son abandonados o desertan exponen sus quejas en contra del mando; unos pasan a Guayaquil y otros permanecen en Valparaíso.

Miguel Velázquez asegura que "ha sido muy escandaloso a vista de una nación extranjera el desembarco de oficiales que ha hecho el señor comandante del navío.

Desde Guayaquil, el aspirante José Antepara enlista a los que están allí y quienes permanecen en Chile, el 25 de octubre de 1827; hallándose en Valparaíso los segundos tenientes Pedro Arana y Antonio Torres, los primeros aspirantes José Anaya, Francisco Anaya, Ramón Berra y Ramón Martínez, en Guayaquil el aspirante José Antepara, el 2º teniente Blas Godinez, los aspirantes de 1ª Juan Hereda y el de 2ª clase Roque Terreiro, los subtenientes de artillería, Domingo Orizar y Juan de Dios López y el teniente de infantería Miguel Velázquez, habiendo salido de aquí en días pasados para Sonsonate con destino a México el 1er. Capellán Ignacio Lastra con un sargento dos soldados de infantería un y un marinero mexicano.

El crucero continúa durante 74 días a la isla Margarita y Cumaná, tierra colombiana, donde se desempeñan algunas comisiones, con orden de partir a Veracruz. Tosta bordea Yucatán tratando de evitar contacto con los barcos de la escuadra del almirante Angel laborde, de la marina española, y en tal escala captura al bergantín "San Buenaventura con 214 rempazos para la guarnición de La Habana, el 25 de diciembre de 1827 arriba al puerto jarocho el 9 de enero de 1828 en medio de la indiferencia de sus moradores. De Lorenzo de Zavala surge el comentario. . . "El gobierno cometió la torpeza de habilitar y hacer carenar el navío para dirigirlo al Golfo Mexicano, remontando el Cabo de Hornos, gastando en esta inútil expedición, más de 300 000 pesos, fuera de los 200 000 que costó en Valparaíso el mismo navío y que pagó

después el gobierno los que hicieron los suplementos en aquel puerto; el navío "Asia", después de los gastos referidos, fuera de los de tripulación, gratificaciones y sueldos de retiros a los que lo entregaron, fue abandonado en el puerto de Veracruz; quizá una vanidad ridícula y perjudicial de tener un navío de línea en la Armada Mexicana, fuese parte en estas absurdas providencias".

Hoy pensamos que, en primer lugar, el crucero del "Congreso Mexicano" constituye el viaje de prácticas inicial de aquellos aspirantes que son de los más antiguos en el colegio náutico de Tlacotalpan, y en otro, que es el más valeroso que de ver contado México no con un "Asia", sino con varios bien utilizados, nuestra historia se hubiese trastocado desde entonces.

Por JULIO VERNE.

UNIDAD DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL

EL 13 DE OCTUBRE de 1825, el navío español de alto bordo, y La Constanza, bergantín de ocho cañones, recalaban en la isla de Guaján, una de las Marianas. Hacía seis meses que estos buques habían salido de España, y sus tripulaciones, mal alimentadas, mal pagadas y abrumadas de fatiga, se agitaban sordamente en proyectos de rebelión.

Los sistemas de indisciplina se habían revelado más especialmente a bordo de La Constanza, mandada por el capitán Ortega, hombre de hierro, incapaz de doblegarse ante nada. Ciertas averías graves, tan imprevistas que no podían atribuirse sino a la malevolencia, habían detenido el bergantín en su trayecto, y El Asia, mandada por don Roque de

tando allí en su casa, pudieran ser

Durante su viaje, don Roque de la tierra, Ortega incluyó a don Roque de la relajación que había observado en la disciplina a bordo del bergantín y los dos capitanes conviniere en redoblar su vigilancia y seriedad.

Ortega había sido peculiarmente a don Roque de la relajación, el teniente Martínez y el alcaide José

El teniente Martínez, habiendo conpromiso su dignidad de oficial en los conciliabulos del castillo de proa, había estado que ver arreñado muchas veces durante ese tiempo, el aspirante Pablo le había recompensado en las jurisdicciones de la

Datos tomados del navío "Asia" del libro *Semblanza Marítima de México*, del Dr. Enrique Cárdenas de la Peña y de las tres carpetas con 400 hojas que se tienen sobre este navío.

La isla de Guaján, como todas las Marianas, depende de la capitania general de Filipinas. Los españoles, en

JULIO VERNE es el autor fascinante, quien roba el interés del lector desde el primer capítulo, y, ahora, se traslada a México, a nuestro país, y nos lleva al descubrimiento de nuestras propias bellezas.

DESCONOCIAMOS el episodio, no obstante que en los tiempos juveniles leímos todas las producciones de su ingenio. No sospechábamos su capacidad —tenemos que reconocerlo— y ahora descubrimos a través de su prosa su enorme don de relator y pedagogo.

“Un drama en México” no es una obra maestra, pero sí un episodio interesante y que nos apasiona desde el primer párrafo, porque habla de los personajes que sin conocer presentimos y porque tienen el valor histórico de quienes transitan por los lugares familiares.

JULIO VERNE en nuestra conciencia continúa siendo el maestro del relato novelado. Y a nuestros lectores tendrá que apasionar por su verismo y vívida acción.

Lea usted, amigo.

Por JULIO VERNE.

EL 18 DE OCTUBRE de 1825, *El Asia*, navío español de alto bordo, y *La Constanca*, bergantín de ocho cañones, recalaban en la isla de Guaján, una de las Marianas. Hacía seis meses que estos buques habían salido de España, y sus tripulaciones, mal alimentadas, mal pagadas y abrumadas de fatiga, se agitaban sordamente en proyectos de rebelión.

Los síntomas de indisciplina se habían revelado más especialmente a bordo de *La Constanca*, mandada por el capitán Ortega, hombre de hierro, incapaz de doblegarse ante nadie. Ciertas averías graves, tan imprevistas que no podían atribuirse sino a la malevolencia, habían detenido el bergantín en su travesía, y *El Asia*, mandada por don Roque de Guzuarte, se había visto obligado a recalar con él. Una noche, la brújula se había roto no se sabe cómo; otra, faltaron los obenques de mesana, como si hubieran sido cortados y el palo cayó con todo su aparejo. En fin, las trozas del timón se habían roto dos veces durante una importante maniobra.

La isla de Guaján, como todas las Marianas, depende de la capitania general de Filipinas. Los españoles, es-

tando allí en su casa, pudieron reparar prontamente sus averías.

Durante aquella estancia forzada en tierra, Ortega instruyó a don Roque de la relajación que había observado en la disciplina a bordo del bergantín y los dos capitanes convinieron en redoblar su vigilancia y severidad.

Ortega tenía que vigilar especialmente a dos nombres de su tripulación: el teniente Martínez y el gaviero José.

El teniente Martínez, habiendo comprometido su dignidad de oficial en los conciliábulo del castillo de proa, había tenido que ser arrestado muchas veces y durante este tiempo, el aspirante Pablo le había reemplazado en las funciones de teniente de *La Constanca*. En cuanto al gaviero José, era un hombre vil y despreciable que no pesaba los sentimientos sino el peso de oro, y que en estas circunstancias se vio estrechado de cerca por la honradez del contramaestre Jacobo, en quien Ortega tenía entera confianza.

El aspirante Pablo era uno de esos hombres escogidos, francos y rigurosos, a quienes la generosidad inspira grandes acciones. Huerfano, recogido y educado por el capitán Ortega, se

habría hecho matar en obsequio de su bienhechor. Durante sus largas conversaciones con el contramaestre, Pablo, llevado del ardor de su juventud y de los impulsos de su corazón, hablaba sin cesar de la ternura filial que profesaba a Ortega, y el valiente Jacobo le estrechaba vigorosamente la mano, porque comprendía lo que el aspirante sabía expresar tan bien. Así, Ortega tenía dos hombres adictos en quienes podía confiar absolutamente; pero, ¿qué podían los tres contra las pasiones de una tripulación indisciplinada? Mientras se ocupaban día y noche en dominar el espíritu de discordia, Martínez, José y los otros marineros caminaban adelante en sus proyectos de rebeldía y de traición.

La víspera del día en que debían darse a la vela el teniente Martínez se halló en Guaján, en una taberna, con algunos contramaestres y unos veinte marineros de los dos buques.

—Camaradas —decía Martínez—, gracias a las averías que tan afortunadamente han sobrevenido, el bergantín y el navío han tenido que recalar en las Marianas y he podido venir aquí a tener una conversación secreta con vosotros.

—¡Bravo! —dijo la asamblea a una voz.

—Hable usted, mi teniente —dijeron varios marineros— y díganos su plan.

—Mi plan es éste, —respondió Martínez—: Cuando nos hayamos apoderado de los dos buques haremos rumbo a las costas de México. Sabéis que la nueva confederación carece de marina y por consiguiente comprará nuestros buques a ojos cerrados, y no solamente nos dará las pagas atrasadas, sino, además, el precio de venta, que repartiremos entre todos.

—¡Convenido!

—¿Y cuál será la señal para dar el golpe al mismo tiempo a bordo de los dos buques? —preguntó el gaviero José—.

—El Asia lanzará un cohete, —respondió Martínez— y esa será la señal. Somos diez contra uno y los oficiales del navío y del bergantín quedarán hechos prisioneros antes de que tengan tiempo de saber lo que les pasa.

—¿Cuándo se dará la señal? —preguntó uno de los contramaestres.

—Dentro de algunos días, cuando

lleguemos a la altura de la isla de Mindanao.

—Pero los mexicanos ¿no recibirán nuestros buques a cañonazos? —preguntó el gaviero José—. Si no me engaño la confederación ha dado un decreto para vigilar a todos los buques españoles, y en vez de oro podrían enviarnos hierro y plomo.

—Tranquilízate José, ya nos daremos a conocer y de lejos —replicó Martínez.

—¿Y cómo?

—Izando en el tope de nuestros paños el pabellón de México.

Diciendo esto, el teniente Martínez desplegó a la vista de los sublevados un pabellón verde, blanco y rojo.

Un triste silencio acogió la aparición de aquel emblema de la independencia mexicana.

—¿Echas de menos ya la bandera de España? —exclamó el teniente, en tono de burla—. Pues bien, los que la echen de menos que se separen de nosotros y vayan a ponerse a las órdenes del capitán Ortega y del comandante don Roque. Por nuestra parte no queremos ya obedecerles y sabremos en breve reducirles a la impotencia.

—Sí, sí —exclamó toda la asamblea a una voz.

—Compañeros —repuso Martínez—: nuestros oficiales cuentan con los vientos alisios para vogar hacia las islas de la Sonda; pero le enseñaremos que sin ellos se pueden correr bordadas contra las monzones del Océano Pacífico.

Los marineros que asistían a aquel conciliábulo secreto se separaron entonces, y por diversos caminos volvieron a sus buques respectivos.

Al día siguiente, al amanecer, El Asia y La Constancia levaron anclas, y poniendo la proa al sudeste, se dirigieron a velas desplegadas hacia la Nueva Holanda: el teniente Martínez había vuelto a desempeñar sus funciones; pero por orden del capitán Ortega era vigilado de cerca.

Entretanto, Ortega se veía acometido de siniestros presentimientos. Comprendía cuán inminente era la caída de la marina española, que sería arruinada por la insubordinación. Además, su patriotismo, no podía acostumbrarse a los reveses sucesivos que abrumaban

a su país y a los cuales había puesto el sello la revolución de los Estados mexicanos. Algunas veces hablaba con el aspirante Pablo de estas graves cuestiones y principalmente de lo relativo a la antigua superioridad de las escuadras españolas en todos los mares.

—Hijo mío, —le dijo un día— no hay disciplina entre nuestros marineros. Los síntomas de rebelión son más particularmente visibles a bordo de este buque, y tengo el presentimiento de que alguna indigna traición me ha de quitar la vida. Pero en ese caso tú me vengarás: ¿No es verdad que me vengarás, vengando al mismo tiempo a la España, a quien se trata de herir con mi muerte?

—Lo juro, capitán Ortega, —respondió Pablo.

—No te enemistes con nadie en este bergantín pero acuérdate, cuando llegue el día, hijo mío, de que en este tiempo de desgracias el mejor modo de servir a su país es vigilar primero, y después castigar, si es posible, a los miserables que quieran hacerle traición.

—Prometo morir, —respondió el aspirante—; sí, morir si es necesario para castigar a los traidores.

Hacia tres días que los dos buques habían salido de las Marianas. La Constancia marchaba, gran largo y con buena brisa. Este bergantín gracioso y esbeto, rasaba el agua inclinándose hacia atrás su arboladura, y saltando sobre las olas que cubrían de espuma sus ocho cañonadas de a seis.

—Doce nudos, teniente, —dijo un día el aspirante Pablo a Martínez—. Si continuamos así, navegando viento en popa, la travesía no será larga.

—Dios lo quiera, porque hemos padecido mucho, y ya es preciso que tengan término nuestros padecimientos.

El gaviero José se hallaba en aquel momento cerca del castillo de popa y escuchaba las palabras del teniente.

—No debemos tardar en dar vista a tierra —dijo entonces Martínez en alta voz.

—La isla de Mindanao —respondió el aspirante—. Estamos, en efecto a 140 grados de longitud Oeste y 8 de latitud Norte, y si no me engaño esa isla está a los...

—A los 140 grados 39 minutos de



longitud y 7 grados de latitud —replíco vivamente Martínez.

José levantó la cabeza, y después de haber hecho una seña imperceptible, se dirigió hacia el castillo de proa.

—¿Está usted de cuarto de media noche, Pablo? —preguntó Martínez.

—Sí, teniente.

—Ya son las seis de la tarde, debe usted retirarse.

Pablo se retiró.

Martínez permaneció solo en la toldilla y dirigió la vista hacia **El Asia**, que navegaba a sotavento del bergantín. La tarde estaba magnífica y hacía prever una de esas hermosas noches, que son tan fáciles y magníficas bajo los trópicos.

El teniente buscó en la oscuridad a los hombres de cuarto y conoció a José y a los marineros, con quienes había hablado en la isla de Guaján.

Por un instante se acercó al hombre que estaba al timón y le dijo algunas palabras en voz baja, después de lo cual se retiró.

Sin embargo, hubiera podido observar que la brisa se inclinaba un poco más al viento, de tal suerte, que el bergantín no tardó en acercarse sensiblemente al navío de línea.

Contra la costumbre de a bordo, Martínez se paseaba a sotavento, a fin de observar mejor **El Asia**. Inquieto y atormentado daba vueltas con la mano a la bocina.

De repente se oyó una detonación a bordo del navío.

Al oír la seña, Martínez saltó sobre el banco de cuarto y con voz fuerte dijo:

—¡Todo el mundo arriba! ¡A carga las velas bajas!

En aquel momento, Ortega, seguid de sus oficiales salió de la toldilla, dirigiéndose al teniente, preguntó:

—¿Por qué esa maniobra?

Martínez, sin responderle, se bajó del banco y corrió al castillo de popa:

—¡Abajo la barra! —mandó—, ¡la brazas de babor a proa!, ¡braccad ¡larguen la escota del foque mayor!

En aquel momento se oyeron nuevas detonaciones a bordo de **El Asia**.

La tripulación obedeció las órdenes

del teniente y el bergantín, tomando vivamente el viento se detuvo, inmóvil, al pairó.

Ortega, volviéndose entonces a los pocos hombres que estaban a su lado, exclamó:

—¡A ellos, mis valientes!

Y luego, adelantándose hacia Martínez, añadió:

—¡Prended a ese oficial!

—¡Muera el comandante! —respondió Martínez.

Pablo y los oficiales sacaron la espada y amartillaron la pistola. Algunos marineros, guiados por Jacobo, se lanzaron para sostenerlos; pero detenidos inmediatamente por los amotinados, fueron desarmados y reducidos a la impotencia.

Los soldados de marina y la tripulación se formaron a lo ancho del buque y se adelantaron contra sus oficiales. Los hombres fieles, acorralados en la toldilla, no tenían más que un partido que tomar; que era lanzarse sobre los rebeldes.

Ortega dirigió el cañón de su pistola contra Martínez.

En aquel momento se lanzó un cohete desde *El Asía*.

—¡Vencimos! —exclamó Martínez.

La bala de Ortega fue a perderse en el espacio.

La lucha no fue larga. El capitán atacó al teniente cuerpo a cuerpo; pero pronto, abrumado por el número y gravemente herido, cayó en manos de los rebeldes, y sus oficiales, pocos instantes después, sufrieron la misma suerte.

Se izaron entonces faroles en el bergantín, respondiendo a los de *El Asía*.

La rebelión había triunfado igualmente a bordo del navío.

El teniente Martínez era dueño de *La Constanza* y sus prisioneros fueron encerrados todos juntos en la cámara del consejo.

A la vista de la sangre se habían despertado los instintos feroces de la tripulación. No bastaba haber vencido, era preciso matar.

—¡Mueran! —exclamaron muchos de aquellos furiosos—. Sólo los muertos no hablan.

El teniente Martínez, a la cabeza de los más sanguinarios se lanzó hacia la cámara del consejo, pero el resto de la tripulación se opuso a aquel asesinato y los oficiales se salvaron.

—Traedme al puente al capitán Ortega —dijo Martínez.

Los marineros obedecieron.

—Ortega —dijo Martínez—; yo mando en los dos buques. Don Roque está prisionero como tú. Mañana os abandonaremos a los dos en una costa desierta y después haremos rumbo hacia puertos de México, y estos buques serán vendidos al gobierno republicano.

—¡Traidor! —respondió Ortega.

Estableced las velas bajas y preparéense para ceñir el viento. Que lleven a este hombre a la toldilla y le aten.

Diciendo así, señaló a Ortega y los marineros obedecieron.

—Los otros a la bodega. Prepararse para virar por avante. ¡Adelante! ¡Firmes, camaradas!

La maniobra fue prontamente ejecutada. El capitán Ortega se encontró bajo el puente del navío, cubierto por la cangreja, y todavía se le oía llamar al teniente infame y traidor.

Martínez, fuera de sí, se lanzó a la toldilla con un hacha en la mano. Los marineros le impidieron que llegase hasta el capitán; pero con brazo vigoroso cortó las escotas de la cangreja, y la botavara, violentamente impulsada por el viento, cayó sobre la cabeza de Ortega y le rompió el cráneo.

Un grito de horror se levantó en el bergantín.

—Muerto por accidente —dijo el teniente Martínez—. Arrojad el cadáver al mar.

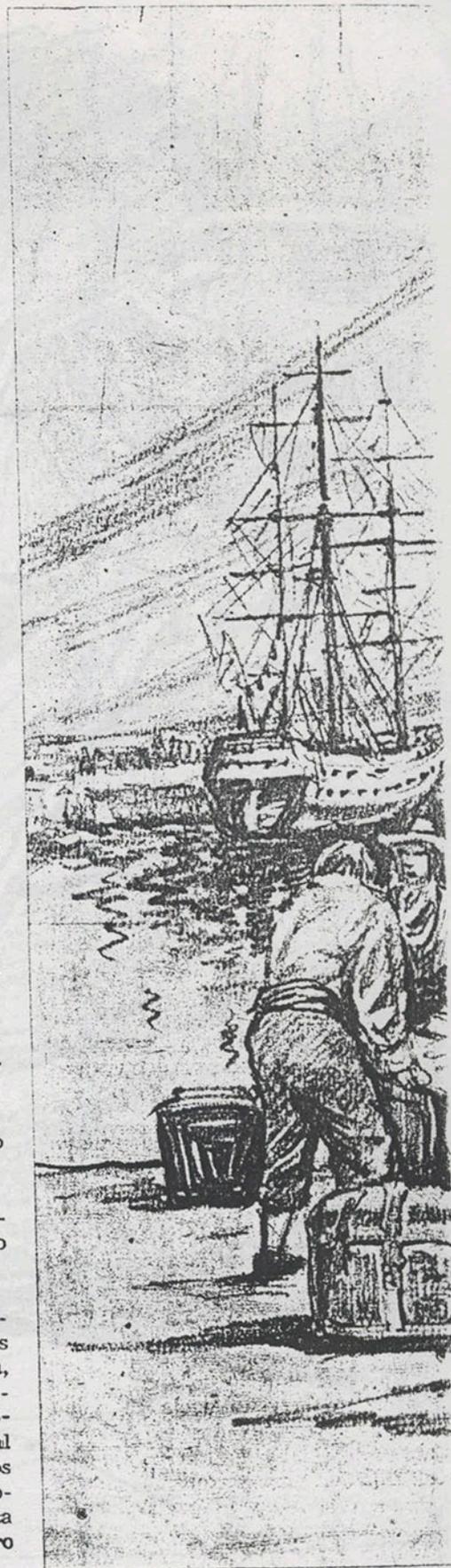
Fue obedecido como lo había sido antes.

Los dos buques continuaron su marcha, cifiendo el viento y corriendo hacia las playas mexicanas.

Al día siguiente se hallaron a la vista de un islote. Se echaron al mar las lanchas de *El Asía* y de *La Constanza*, y los oficiales, a excepción del aspirante Pablo y del contra maestre Jacobo, que habían prestado sumisión al teniente Martínez, fueron abandonados en aquella costa desierta, de donde pocos días después tuvieron la fortuna de ser rescatados por un ballenero inglés y trasladados a Manila.

¿Por qué razón, Pablo y Jacobo se habían pasado a las filas de los rebeldes? Es preciso esperar para juzgarles.

Algunas semanas después los dos buques anclaban en la bahía Monterrey,



al norte de Baja California. Martínez manifestó sus intenciones al comandante militar del puerto, ofreciendo entregar a México, que no tenía marina, los dos buques españoles con sus municiones y armamento de guerra y poner sus tripulantes a disposición de

la confederación mexicana. En cambio, ésta debía pagarles todos los atrasos que tenían desde su salida de España.

A estas proposiciones respondió el gobernador declarando que no tenía poderes suficientes para tratar e invi-

tando a Martínez a pasar a México donde por sí mismo podría terminar fácilmente el negocio. El teniente siguió el consejo que se le daba, y dejando El Asia, en Monterrey, después de un mes dedicado a los placeres volvió a hacerse a la mar con La Con



tancia. Pablo, Jacobo y José, formaban parte de la tripulación, y el bergantín, viento en popa, forzó velas para llegar lo más pronto posible al puerto de Acapulco.

DE ACAPULCO A FIGUALAN

DE LOS CUATRO puertos que México tiene en el Océano Pacífico, San Blas, Zacatula, Tehuantepec y Acapulco, este último es el que ofrece más recursos para los buques. La ciudad, mal construída, es además malsana; pero en cambio la rada es segura y podría contener fácilmente cien buques. Altos peñascos abrigan a las embarcaciones de todas partes y forman un puerto tan tranquilo, que un extranjero que llegase por tierra le creería un lago encerrado en un circuito de montañas.

Acapulco en aquella época estaba protegido por tres bastiones, que le flanqueaban a la derecha, y la entrada de la rada estaba defendida por una batería de siete piezas, que en caso de necesidad podían cruzar en ángulo recto sus fuegos con los del fuerte de Santiago. Este, provisto de treinta piezas de artillería dominaba la rada entera, y desde él podía echarse a pique indudablemente a todo buque que intentara forzar la entrada al puerto.

La ciudad no tenía, pues, nada que temer, y sin embargo se había esparcido en ella un pánico general, tres meses después de los acontecimientos arriba referidos.

En efecto, el vigía había señalado en alta mar la presencia de un buque. Los habitantes de Acapulco, alarmados y no sabiendo las intenciones de aquel buque sospechoso, se prepararon a todo evento, porque la nueva confederación temía todavía, no sin razón, la vuelta de la dominación española, porque a pesar de los tratados de comercio firmados con la Gran Bretaña, y de la llegada del encargado de negocios de Londres, que había reconocido a la República, el gobierno mexicano no tenía un buque a su disposición para proteger sus costas.

De todos modos, el que estaba a la vista no podía ser más que un atrevido aventurero, y los vientos del nordeste, que soplaban ruidosamente en aquellos parajes, desde el equinoccio de otoño hasta la primavera, debían tomar rudamente la medida de sus relingas. Los habitantes de Acapulco no sabían, pues, qué imaginar y se preparaban a rechazar el desembarco, cuando el buque tan temible desplegó la

bandera de la Independencia mexicana.

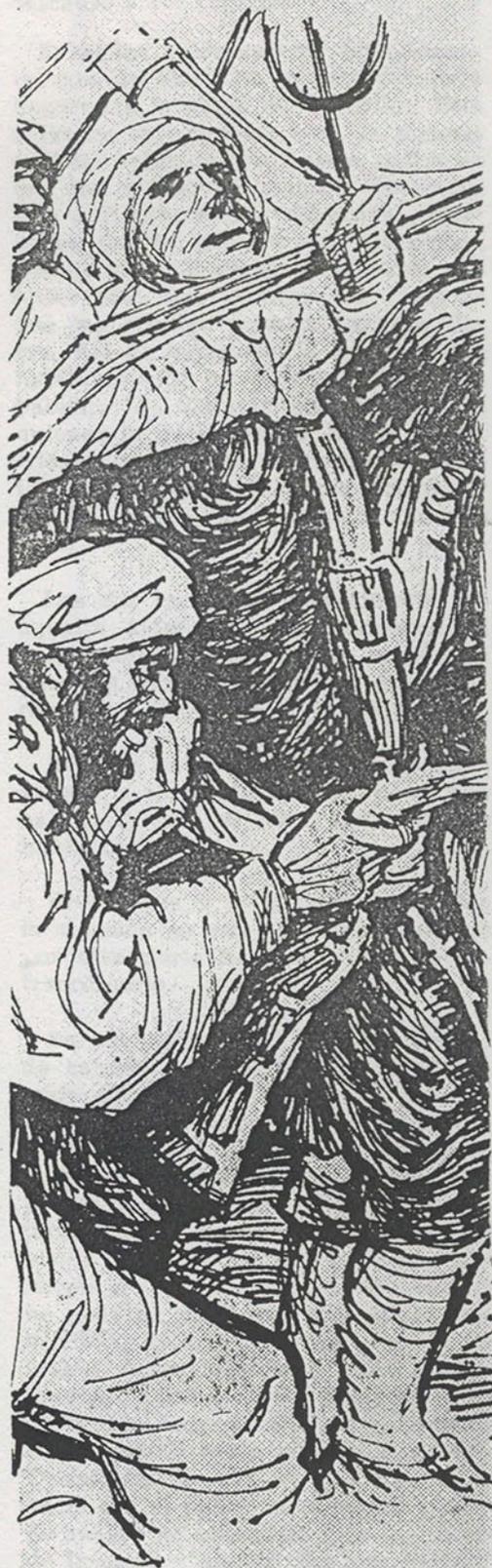
Al llegar a medio tiro de cañón del puerto, **La Constančia**, cuyo nombre podía leerse visiblemente en el espejo de popa, ancló súbitamente; se levantaron las velas sobre los mástiles y se destacó de ella una lancha que en breve llegó al puerto.

El teniente Martínez desembarcó y se dirigió a casa del gobernador, a quien puso al corriente de las circunstancias que allí le conducían. El gobernador aprobó la resolución que había tomado Martínez de pasar a México, para obtener del general presidente de la confederación la ratificación del contrato. Apenas fue conocida esta noticia en la ciudad, estallaron los transportes de alegría. Toda la población acudió a admirar el primer buque de la marina mexicana y vió en su posesión una prueba de la indisciplina española, y un medio de oponerse más completamente todavía a nuevas tentativas de sus antiguos dominadores.

Martínez volvió a bordo, y pocas horas después el bergantín **La Constančia** entraba en el puerto y su tripulación se alojaba en las casas de Acapulco, solamente que cuando Martínez pasó lista a su gente se encontró con que Pablo y Jacobo habían desaparecido.

México se caracteriza, entre todos los países del globo, por la extensión y la altura de la meseta que ocupa su región central. La cadena de las cordilleras, que bajo el nombre general de Andes atraviesa toda la América Meridional, surca el territorio de Guatemala, y a su entrada en México se divide en dos ramas, que accidentan paralelamente los dos lados del territorio. Estas dos ramas no son más que las vertientes de la inmensa meseta del Anáhuac, situada a dos mil quinientos metros sobre los mares inmediatos. Esta sucesión de llanuras mucho más extensas y no menos uniformes que las del Perú y de la Nueva Granada, ocupa unas tres quintas partes del país. La cordillera, penetrando en México toma el nombre de Sierra Madre y a la altura de San Miguel y Guanajuato, después de haberse dividido en tres ramales va a perderse en el grado 67 de latitud norte. ?

Entre el puerto de Acapulco y la ciudad de México, distante uno de otro ochenta leguas, los accidentes del terreno son menos bruscos y los declives menos abruptos que entre México y Veracruz. El viajero, después de haber atravesado el terreno que se muestra en las eminencias cercanas al gran-



de océano, y en el cual está abierto el puerto de Acapulco, no encuentra más que esas rocas porfiríticas a las cuales la industria arranca el yeso, el basalto, el calcáreo primitivo, el estaño, el cobre, el hierro, la plata y el oro. Precisamente el camino de Acapulco a México ofrecía puntos de vista, sistemas particulares de vegetación, que llamaban o no llamaban la atención a dos jinetes que cabalgaban uno junto a otro, pocos días después de la llegada al puerto del bergantín *Constancia*.

Eran Martínez y José. El gaviero conocía perfectamente el camino porque había atravesado muchas veces las montañas del Anáhuac. Por eso habían desechado los servicios que les había ofrecido un guía indio, y montados en excelentes caballos se dirigían hacia la capital de México.

Después de dos horas de un trote sostenido, que les había impedido hablar, se detuvieron.

—Al paso, mi teniente —dijo José sofocado—. ¡Santa María!, preferiría cabalgar durante dos horas en sobrejuanete, con un golpe de viento del noroeste.

—Démonos prisa, —respondió Martínez—. Tú conoces bien el camino, José; tú lo conoces.

—Como usted conoce el de Cádiz a Veracruz, y no tendremos que temer la tempestad del golfo ni barras que nos detengan...; pero, vamos al paso.

—Al contrario, tenemos que ir más de prisa —dijo Martínez, espoleando a su caballo—. Me da que pensar esa desaparición de Pablo y Jacobo. ¿Querrían hacer por sí solos el contrato y robarnos nuestra parte?

—¡Por Santiago!, no faltaría más que eso —respondió el gaviero—. ¡Robar a los ladrones como nosotros!

—¿Cuántos días de camino hay de aquí a México? —preguntó Martínez.

—Cuatro o cinco, mi teniente. Un paseo; pero vamos al paso; ya ve usted que el terreno se va elevando sensiblemente.

En efecto, en la llanura se mostraban ya las primeras ondulaciones de las montañas.

—Nuestros caballos no están herrados —añadió el gaviero, deteniéndose— y los cascos se les desgastan pro-

to en estas rocas de granito. En fin, no digamos mal del suelo porque esconde oro en sus entrañas; aunque lo pisemos, eso no quiere decir que lo despreciemos.

Los dos viajeros habían llegado a una pequeña eminencia grandemente sombreada por palmeras de abanico, nopales y sauces mexicanos. A sus pies se extendía una vasta llanura cultivada, en donde la hermosa vegetación de la tierras calientes se ofrecía a sus ojos. A la izquierda un bosque de caobos cortaba el paisaje; elegantes árboles de pimienta balanceaban sus ramas flexibles al soplo ardiente del Océano Pacífico; campos de cañas de azúcar erizaban la campiña y magníficas plantaciones de algodón agitaban sin ruido sus penachos de seda gris. Acá y allá crecían la jalapa medicinal y el pimientero coloreado con los indigotos, los cacao y el palo de campeche. Todos los productos variados de la flora tropical, helicantos, irisaban con sus colores aquel terreno maravilloso, que es el más fértil del terreno mexicano. Toda aquella hermosa naturaleza parecía dormirse bajo los rayos ardientes que le enviaba a torrentes el sol; pero también bajo aquel insoponible calor los habitantes se retorcián entre los ataques de la fiebre amarilla. Por esto aquellas campiñas inanimadas y desiertas permanecían sin movimiento y silenciosas.

—¿Qué cerro es ese que se levanta delante de nosotros en el horizonte? —preguntó Martínez a José.

—El cerro de la Brea, y está apenas más elevado que la llanura —respondió desdeñosamente el gaviero.

Es la primera eminencia importante de la inmensa cadena de las cordilleras.

—Apresuremos el paso, —dijo Martínez, dando el ejemplo—. Nuestros caballos son originarios de las haciendas del Norte de México y en sus carreras por la llanura están habituados a estas desigualdades del terreno. Aprovechémos de los declives del camino, salgamos de esta inmensa soledad, que para mí no tiene nada de agradable.

—¿Por ventura, el teniente Martínez, tendrá remordimiento? —preguntó José, encogiéndose de hombros.

—¡Remordimiento!... No...

Martínez cayó en un silencio absoluto y ambos marcharon al trote rápido de sus cabalgaduras. Llegaron al cerro de la Brea, que atravesaron por

senderos abruptos a orilla de precipicios, que, sin embargo, no eran todavía los insondables abismos de la Sierra Madre; y después de haber bajado la pendiente opuesta se detuvieron, para dar descanso a sus caballos.

El sol iba a desaparecer del horizonte, cuando Martínez y su compañero llegaron a la aldea de Cigualán. Esta aldea no se componía sino de algunas cabañas habitadas por pobres indios de los que se llaman mansos, dedicados a la agricultura. Los indígenas sedentarios son en general muy perezosos, porque para mantenerse no tienen que hacer más que recoger las riquezas que les prodiga aquella fecunda tierra. Así su holgazanería les distingue habitualmente, tanto de los indios que habitan las llanuras superiores, y a quienes la necesidad ha hecho industriosos, como de los nómadas del Norte, que viviendo de depredaciones y rapiña, no han tenido nunca moradas fijas.

Los dos españoles no recibieron en aquella aldea sino una hospitalidad muy mezquina. Los indios, viendo en ellos sus antiguos opresores, se mostraron poco dispuestos a servirles.

Además, antes que ellos habían atravesado la aldea otros dos viajeros y se habían llevado el poco alimento que había disponible.

El teniente y el gaviero no fijaron la atención en esta particularidad, que por otra parte no tenía nada de extraordinario.

Se abrigaron, pues, en una especie de cabaña y prepararon para su comida una cabeza de carnero en estofado. Abrieron un agujero en la tierra, y después de haberle llenado de carbones encendidos y de guijarros a propósito para conservar el calor, dejaron que se consumiera el combustible, y sobre las cenizas ardientes pusieron sin ninguna preparación la carne rodeada de hojas aromáticas, cubriéndolo todo herméticamente con ramas y tierra apisonada. Poco tiempo después la cena estaba dispuesta y la devoraron como hombres a quienes un largo camino había abierto el apetito. Terminaba la cena se tendieron en el suelo con el puñal en la mano, y siendo mayor el cansancio que la dureza de la cama y que la picadura incesante de los mosquitos, no tardaron en dormirse.

Sin embargo, Martínez repitió varias veces en un sueño agitado los nombres de Pablo y Jacobo, en cuya desaparición pensaba constantemente.

DE IGUALA A TASCO

AL DIA SIGUIENTE los caballos estaban ensillados y embridados al amanecer. Los viajeros, penetrando por las sendas medio borradas que serpenteaban delante de ellos se lanzaron hacia el este. Su viaje se anunciaba bajo auspicios favorables, y sin el aire taciturno del teniente que contrastaba con el buen humor del gaviero, se les hubiera tomado por los hombres más honrados del mundo.

El terreno iba subiendo cada vez más. La inmensa llanura de Chilpancingo donde reina el más hermoso clima de México, no tardó en desarrollarse hasta los límites extremos del horizonte. Aquel país, que pertenece a las tierras templadas, está situado a mil quinientos metros sobre el nivel del mar y no conoce ni el calor de las tierras inferiores, ni el frío de las zonas elevadas. Pero dejando este oasis a la derecha los dos españoles llegaron a la aldea de San Pedro, y después de tres horas de descanso, volvieron a emprender el camino, dirigiéndose hacia la pequeña población de Tudela del Río.

—¿Dónde dormiremos esta noche, —preguntó Martínez.

—En Tasco, —respondió José— que comparada con estas aldeas es una gran ciudad.

—¿Encontraremos una buena posada?

—Sí, señor, y un hermoso cielo y buen clima. Allí el sol es menos ardiente que a orillas del mar y subiendo siempre, llega uno gradualmente casi sin saberlo, a helarse en las cimas del Popocatepetl.

—¿Cuándo pasaremos las montañas, José?

—Pasado mañana por la noche, mi teniente. Desde su cima, aunque muy a lo lejos, veremos el término de nuestro viaje. México es una ciudad magnífica. ¿Sabe usted en qué pienso, mi teniente?

Martínez no respondió.

—Estoy pensando lo que habrá sido de los oficiales del navío y del bergantín, a quienes hemos abandonado en el islote.

Martínez se estremeció.

—No lo sé... —respondió con voz sorda.

—Me lisonjeo, —continuó José—, de que esos altivos personajes habrán muerto todos de hambre. Por lo demás, cuando les hemos desembarcado, algunos han caído al mar y hay en esos parajes una especie de tiburón, la tintórea, que no perdona a nadie. ¡Santa María! si el capitán Ortega resucitara, sería el caso de escondernos en el vientre de una ballena. Pero, por fortuna se encontró a la altura de la botavara y cuando los escotes se rompieron tan singularmente...

—Te callarás! —exclamó Martínez.

El marinero cerró sus labios, diciéndolo interiormente.

¡Vaya unos escrúpulos oportunos!

Después dijo en voz alta: —A mi vuelta me fijaré en este hermoso país de México, donde se corren bordadas a través de las ánimas y las bananas, y se encalla en arrecifes de oro y plata.

—¿Para eso has hecho traición a tu bandera? —preguntó Martínez.

—Para qué había de ser, mi teniente. Asunto de doblones.

—¡Ah! —dijo Martínez con disgusto.

—¿Y usted? —preguntó José.

—Para mí... ha sido asunto de jerarquía. El teniente quería, ante todo, vengarse del capitán.

—¡Ah! —dijo José con desprecio.

Aquellos dos hombres estaban a la misma altura uno del otro, cualquiera que fuesen los móviles que les habían inducido a la traición.

—¡Silencio! —dijo Martínez, deteniéndose de repente—. ¿Qué hay allí?

José se levantó sobre los estribos.

—No hay nadie —respondió.

—He visto un hombre que desaparecía rápidamente —dijo Martínez.

—Imaginación.

—Te digo que lo he visto, —repuso el teniente, con impaciencia.

—Pues bien, búsquelo usted.

Y José continuó su camino.

Martínez se adelantó solo hacia un bosque de esos manglares, cuyas ramas echan raíces cuando tocan al suelo y forman espesuras impenetrables.

Allí echó pie a tierra. La soledad era completa.

De repente observó una especie de espiral que se movía en la oscuridad. Era una serpiente de pequeña especie, que tenía la cabeza aplastada bajo una peña y retorció la parte posterior del cuello como si hubiese estado galvanizada.

—Alguno ha pasado por aquí —exclamó el teniente supersticioso y culpable, mirando a todas partes y estremeciéndose—, ¿Quién será? ¿Quién será?

—¿Le ha encontrado usted —preguntó José, que había vuelto en busca de su compañero.

—No hay nadie, —respondió Martínez—. ¡En marcha!

Los viajeros costearon entonces las orillas del Mexcala, pequeño afluente del río Balsas, por cuya margen subieron. Pronto el humo que salía de algunas cabañas anunció la presencia de indígenas, y la pequeña población de Tudela del Río se presentó a su vista; pero querían llegar lo más pronto posible a Tasco y entrar en ella antes de la noche, por lo cual no permanecieron allí sino para tomar algunos instantes de reposo.

El camino iba siendo escabroso y por consiguiente sus cabalgaduras tuvieron que marchar al paso la mayor parte del tiempo. Acá y allá se presentaban bosques de olivos en las alturas de los montes, manifestándose notable diferencia en el terreno, en la temperatura y en la vegetación.

No tardó en caer la noche. Martínez seguía a pocos pasos detrás de su guía José, el cual se orientaba con trabajo entre aquellas tinieblas espesas, buscaba los senderos practicables, maldiciendo ya contra un tronco de árbol que le hacía tropezar, ya contra unas ramas que le azotaban el rostro y amenazaba apagar el excelente cigarro que iba fumando.

El teniente dejaba a su caballo seguir al de su compañero. Agitado de vagos remordimientos no se explicaba la opresión de que era víctima.

En medio de la oscuridad apresuraron el paso; atravesaron sin detenerse los poblados de Contepec y de Iguala y llegaron a la ciudad de Tasco.

José tenía razón: era una gran ciudad comparada con las miserables aldeas que habían dejado atrás. Una especie de posada se hallaba situada en la calle más ancha, y en ella, después de haber entregado los caballos a un

mozo, encontraron una sala principal. donde había una mesa larga y estrecha con la cena dispuesta.

Sentáronse a la mesa uno enfrente del otro y acometieron con una cena que hubiera sido suculenta para paladares indígenas, pero que sólo a causa del hambre podía ser soportable para paladares europeos. Componíase de menudillos de gallina nadando en una salsa de pimienta verde; arroz guisado con pimienta roja y azafrán, aves aderezadas en aceitunas, cebolletas, verdolagas y garbanzos, todo acompañado de pasas y tortas de maíz. Después de la cena les sirvieron de beber, y al fin, una vez satisfecha el hambre, el cansancio no tardó en conciliarles el sueño, que les duró hasta una hora avanzada del día.

DE TASCO A CUERNAVACA

EL TENIENTE fue el primero que despertó.

—José, en marcha —dijo.

El gaviero extendió los brazos.

—¿Qué camino tomaremos? —preguntó Martínez.

—Conozco, dos, mi teniente.

—¿Cuáles?

—Uno que pasa por Zacualicán, Tenancingo y Toluca. De Toluca a México el camino es hermoso porque ya se ha pasado la Sierra Madre.

—¿Y el otro?

—El otro nos parte un poco hacia el este, pero también pasamos cerca de las hermosas montañas de Popocatepetl y de Iztaccíhuatl. Este es el camino más seguro por ser el menos frecuentado. Es un paseo.

—Elijo el camino más largo —dijo Martínez—. Marchemos; ¿dónde dormiremos esta noche?

—Si hacemos doce nudos, en Cuernavaca, —respondió el gaviero.

Los dos españoles pasaron a la caballería, hicieron ensillar los caballos, llenaron las alforjas de galletas de maíz, granadas y carne seca, porque en los montes corrían peligro de no encontrar alimentos suficientes; y pagado el gasto de la posada montaron a caballo y salieron, tomando el camino de la derecha.

Por primera vez vieron encinas, ár-

bol de buen agüero, al pie del cual se detienen las emanaciones malsanas de las llanuras inferiores. En aquel fértil oasis donde crecen todos los cereales europeos, los árboles del Asia y de la Europa entremezclaban sus hojas; las flores del Oriente esmaltaban las verdes praderas unidas a las violetas, a la verbena y a las margaritas de las zonas templadas, algunos arbustos resinosos accidentaban acá y allá el paisaje y perfumaban el ambiente las suaves emanaciones de la vainilla, protegida por la sombra del amirís y del liquidámba. Así los dos aventureros respiraban con delicia en aquella temperatura media de 20 a 22 grados, común a las zonas de Jalapa y de Chilpancingo, que se comprende bajo la denominación de tierras templadas.

Martínez y su compañero iban, sin embargo, subiendo cada vez más por la llanura del Anáhuac, y atravesando las inmensas barreras que forman la meseta de México.

—¡Ah! —exclamó José—, aquí tenemos el primero de los tres torrentes que debemos atrever.

En efecto, un río perfectamente encajonado corría por delante de los viajeros.

—En mi último viaje este torrente estaba seco, —dijo José—. Sígame usted, mi teniente.

Ambos bajaron por una cuesta bastante suave, entre las rocas y llegaron a un vado fácilmente practicable.

—Ya va uno —dijo José.

—¿Son igualmente vadeables los otros? —preguntó el teniente.

—Igualmente, —respondió José—. Cuando en la estación de las lluvias crecen estos torrentes, desembocan en otro río, que encontraremos en las grandes montañas.

—¿No tenemos nada que temer en estas soledades?

—Nada; como no sea el puñal mexicano.

—Es verdad, —respondió Martínez—. Estos indios de los países elevados son fieles al puñal por tradición.

—Por eso, —dijo el gaviero riéndose— tienen una multitud de palabras para designar su arma favorita: estoque, verduguillo, puñal, cuchillo, beldoque, navaja. El nombre acude a sus labios con tanta frecuencia como el puñal a sus manos. Pero tanto mejor por ¡Santa María! a lo menos no ten-

dremos que temer las balas invisibles de las largas carabinas. Nada más inocente que ignorar quién es el bribón que trata de matarnos.

—¿Cuáles son los indios que habitan estas montañas? —preguntó Martínez.

—¿Quién puede contar las diferentes razas que se multiplican en México? Diré a usted todos los cruzamientos que he estudiado cuidadosamente, con intención de contraer algún día un matrimonio ventajoso. Aquí se encuentran: el mestizo, producto de un español y una india; el castizo, hijo de una mujer mestiza y de un español; el mulato, de una española y de un negro; el morisco, hijo de una mulata y de un español; el albino, nacido de una morisca y de un español; el salto-atrás, hijo de un albino y de una española; el tintin-claro, de un salto-atrás y de una española; el lobo, nacido de una india y de un negro; el carilujo, hijo de una india y de un lobo; el larsino, hijo de un lobo y de una mulata; el grifo, hijo de una negra y de un lobo; el albarazado, hijo de una loba y de un indio; el chanizo, hijo de una mestiza y de un indio.

José decía la verdad, y la pureza de las razas muy problemática en aquellos países dificulta grandemente los estudios antropológicos. Pero a pesar de la conversación científica del gaviero, Martínez continuaba taciturno y a veces se apartaba de su compañero, cuya presencia parecía molestarle.

En breve hallaron cortado el camino por otros dos torrentes, y allí el teniente, que contaba dar de beber a su caballo se encontró chasqueado, viendo que los lechos estaban secos.

—Estamos como en calma chicha, sin brisa y sin agua, mi teniente, —dijo José—. Pero, sígame usted, buscaremos entre estas encinas y estos olmos un árbol que se llama el ahuchuel, que reemplaza ventajosamente a los haces de paja con que se adornan las paredes de las posadas. Bajo su sombra se encuentra siempre un manantial y aunque sea de agua, puedo decir a usted, que el agua es el vino del desierto.

Dieron vuelta a los peñascos y pronto encontraron el árbol que buscaban. Pero la fuente estaba agotada y aún se veía que lo había sido recientemente.

—Es singular, —dijo José.

—¿No es verdad, que es singular?

—dijo Martínez, poniéndose pálido—. En marcha, en marcha.

Los viajeros no cruzaron entre sí ni una palabra hasta la aldea de Cacahuimilchan. Allí desocuparon un poco sus alforjas y luego se dirigieron hasta Cuernavaca, tomando la dirección del este.

El país se presentaba entonces bajo un aspecto más escabroso y hacía presentir los picos gigantes, cuyas cimas basálticas detienen las nubes procedentes del grande océano.

A la vuelta de una inmensa roca apareció a su vista el fuerte de Xochicalcho, levantado por los antiguos mexicanos y cuya meseta tiene 9,000 metros cuadrados. Los viajeros se dirigieron hacia el cono inmenso que forma su base, y que estaba coronado de rocas oscilantes y de ruinas amenazadoras.

Después de haber echado pie a tierra y atado sus caballos al tronco de un árbol, deseosos de averiguar la dirección del camino, treparon a la cima del cono auxiliados por las asperezas del terreno.

La noche se acercaba, y revistiendo los objetos de contornos indecisos, les prestaban formas fantásticas. El antiguo fuerte se parecía a un enorme bisonte echado sobre sus cuatro patas con la cabeza inmóvil; y la mirada de Martínez creía ver sombras agitarse sobre el cuerpo del monstruoso animal. Guardó silencio, sin embargo, para no dar motivo a las burlas del incrédulo José. Este se aventuraba lentamente, al través de los senderos de la montaña, y cuando desaparecía detrás de alguna anfractuosidad, su compañero se guiaba por el ruido de sus exclamaciones y de sus voces.

De repente, una enorme ave nocturna, lanzando un grito ronco se levantó pesadamente sobre sus anchas alas.

Martínez se detuvo.

Una enorme roca oscilaba visiblemente sobre su base a 30 pies por encima de su cabeza. De repente aquella roca se desprendió, y rompiéndolo todo a su paso, con la rapidez y el ruido del rayo, fue a hundirse en el abismo.

—¡Santa María! —exclamó el gaviero.

—¡Hola, mi teniente!

—¡José!

—¡Por aquí!

Los dos españoles se encontraron reunidos.

—¡Qué avalancha! —Bajemos, dijo el gaviero.

Martínez le siguió sin decir nada y ambos llegaron en breve a la meseta inferior.

Allí, un ancho surco marcaba el paso de la roca.

—¡Santa María! —exclamó José—. Nuestros caballos han desaparecido; muertos, aplastados por la roca.

—¡Será verdad! ¡dijo Martínez.

—Véalo usted.

El árbol al cual habían estado atados los dos animales había sido, en efecto, arrastrado con ellos por el enorme peñasco.

—¡Si hubiéramos estado a caballo!... —dijo filosóficamente el gaviero.

Martínez estaba poseído de un inmenso terror.

—¡La serpiente, la fuente, la avalancha! —murmuró.

De repente, con los ojos extraviados, se lanzó sobre José.

—¡No acabas de hablar del capitán Ortega! —exclamó colérico y apretando los dientes.

—No hagamos locuras, mi teniente. Saludemos por última vez a nuestras cabalgaduras muertas y en marcha. No es bueno permanecer aquí cuando la vieja montaña sacude sus crestas.

Los dos españoles tomaron el camino sin decir una palabra, y en medio de la noche llegaron a Cuernavaca; pero les fue imposible proporcionarse caballos, y a la mañana siguiente se dirigieron a pie a la montaña de Popocatepetl.

DE CUERNAVACA A POPOCATEPETL

LA TEMPERATURA era fría y la vegetación nula. Aquellas alturas insensibles pertenecen a las zonas glaciales llamadas tierras frías y los abetos de las regiones brumosas mostraban sus perfiles secos entre las últimas encinas de aquellos climas elevados y

los manantiales eran cada vez más raros en aquellos terrenos, compuestos de tranquitos hendidos, y de amigdaloides porosos.

Hacia seis horas largas que el teniente y su compañero marchaban penosamente, desgarrándose las manos en las aristas de las rocas y los pies en los guijarros agudos del camino. Pronto la fatiga les obligó a sentarse, y José se ocupó en preparar algún alimento.

—¡Qué diabólica idea la de no tomar el camino ordinario! —murmuró.

Ambos esperaban encontrar en Caracopistla, aldea enteramente perdida en las montañas, algún medio de transporte para terminar su viaje; pero su desengaño fue grande al hallar en todas partes el mismo abandono, la misma falta absoluta de todo y la misma inhospitalidad que en Cuernavaca. Era preciso, sin embargo, llegar a México.

Poco después se levantaba delante de ellos el inmenso cerro del Popocatepetl, de tal altura, que la vista se perdía en las nubes, buscando la cima de aquel monte. El camino era de una aridez extrema; por todas partes se abrían insondables precipicios entre las escabrosidades del terreno y los senderos vertiginosos parecían oscilar bajo sus pies. Para hallar el camino les fue preciso subir una parte de aquella montaña de 5,400 metros de altura, que llamada la roca humeante por los indios, lleva todavía las señales recientes de explosiones volcánicas.

Oscuros barrancos surcaban sus pendientes enhiestas, que desde el último viaje del gaviero José, nuevos cataclismos habían trastornado aquellas soledades haciéndolas desconocidas para él. Perdíase, pues, en medio de senderos impracticables y a veces se detenía prestando el oído, porque al través de las hendiduras del enorme cono corrían de acá y allá sordos rumores.

Ya el sol declinaba sensiblemente. Gruesas nubes hacían la atmósfera más oscura; la lluvia y la tempestad, fenómenos frecuentes en aquellos parajes, donde la elevación del terreno auxilia la evaporación del agua, amenazaban estallar de un momento a otro. Toda especie de vegetación había desaparecido en aquellas rocas cuyas cimas se pierden en las nieves eternas.

—No puedo más —dijo al fin José, tendiéndose fatigado en el suelo.

—Marchemos, —respondió el teniente Martínez, con impaciencia.



azul oscuro, que forma el aire seco y perfumado de las alturas terrestres.

Los truenos se repetían entonces con gran violencia de la montaña y callándose a veces la lluvia y el viento los ecos de la tempestad se hacían más sonoros.

José juraba a cada paso. El teniente Martínez, pálido y silencioso, dirigía miradas feroces a su compañero, que se le presentaba como un cómplice, a quien hubiera querido hacer desaparecer.

De repente un relámpago iluminó la oscuridad. El gaviero y el teniente estaban al borde de un abismo.

Martínez se adelantó con viveza hacia José, le puso la mano en el hombro, y cuando se apagó el ruido del trueno, le dijo:

—José, tengo miedo.

—¿De la tempestad?

—No temo la tempestad del cielo —dijo—, sino la tempestad que se desencadena en mi alma.

—¡Ah! ¿Todavía piensa usted en Ortega? Vamos, teniente, no me haga usted reír —replicó José, que no se reía porque Martínez tenía los ojos extraviados al mirarle.

Entonces resonó un trueno formidable.

—¡Cállate, José, cállate! —exclamó Martínez, que no parecía dueño de sí.

—Buena noche ha escogido usted para predicar un sermón, —dijo el gaviero—. Si tiene usted miedo tápese los ojos y los oídos.

—Me parece, —exclamó Martínez— que veo al capitán Ortega con la cabeza rota... ¡Allí!... Allí.

Una sombra negra iluminada por una luz blanquecina se levantó a veinte pasos del teniente y de su compañero.

En el mismo instante José vio a su lado a Martínez, pálido, desencajado, con el brazo armado de un puñal.

—¿Qué significa esto? —exclamó.

Un relámpago envolvió a los dos en su claridad.

—¡Socorro! —exclamó José.

Un instante después no había más que un cadáver en aquel sitio. Martínez, nuevo Caín, huía en medio de la

Algunos truenos resonaron entre los barrancos del Popocatepetl.

—¡Que el diablo me confunda si encuentro el camino en medio de este laberinto! —exclamó José.

—Levántate y marchemos, —respondió bruscamente Martínez.

Y obligó a José a seguir el camino tropezando.

—¡Y no encontrar un ser humano que nos guíe! —murmuró el gaviero.

—Tanto mejor, —dijo el teniente.

—¿No sabe usted que todos los años se cometen mil asesinatos en México y que estos parajes no son seguros?

—Tanto mejor, —añadió Martínez.

Grandes gotas de lluvia brillaban acá y allá, sobre las rocas iluminadas por los últimos resplandores del cielo.

—¿Qué veremos luego que hayamos atravesado los picos que nos rodean? —preguntó el teniente.

—México a la izquierda, Puebla a

la derecha —respondió José— si es que vemos alguna cosa. Pero, no distinguiremos nada. La oscuridad es completa. Delante de nosotros tendremos la montaña de Iztaccíhuatl y en el valle el buen camino. Pero no llegaremos nunca, voto al diablo.

—Marchemos.

José decía la verdad. La meseta de México está encerrada en un inmenso cuadro de montañas, es un gran valle oval de diez y ocho leguas de largo, doce de ancho y sesenta y siete de circunferencia, rodeado de altas eminencias entre las cuales se distinguen al sudoeste el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl. El viajero, cuando ha llegado a la cima de estas barreras no experimenta ya dificultad ninguna para bajar a la llanura de Anáhuac, y dirigiéndose hacia el norte, el camino es bueno hasta México. Al través de largas calles de olmos y álamos se admiran los cipreses, plantados por los reyes de la dinastía Azteca, y los esquinos, semejantes a sauces, llorones del occidente. Acá y allá tierras labradas y jardines en flor, ostentan sus productos y los manzanos, los granados y los cerezos respiran a sus anchas bajo aquel cielo



adelantó, arrastrándose por el puente, y a fuerza de energía llegó hasta la orilla opuesta...

Allí, una sombra se levantó delante de él.

Volvió de rodillas hasta el medio del puente con las manos crispadas por la desesperación.

—¡Martínez, yo soy Pablo! —dijo una voz.

—¡Martínez, yo soy Jacobo! —dijo otra voz.

—¡Tú has hecho traición a tu patria y vas a morir!

—¡Tú has asesinado... ¡Vas a morir!

Oyéronse dos golpes secos.

Las estacas que sostenían los dos extremos del puente cayeron bajo los golpes del hacha.

Oyóse un horrible rugido, y Martínez, con las manos tendidas al aire se precipitó al abismo.

:: :: ::

UNA LEGUA más abajo el aspirante y el contraataca se reunieron después de haber vadeado aquel río.

—He vengado al capitán Ortega, —dijo Jacobo.

—Y yo, —respondió Pablo—, he vengado a España.

Así nació la marina de la confederación mexicana. Los dos buques españoles entregados por los traidores quedaron al servicio de la nueva república y fueron el núcleo de la pequeña escuadra, que después disputó los territorios de California a los buques de los Estados Unidos.

tempestad con el arma ensangrentada en la mano.

Detrás de Martínez dos hombres se detuvieron y se inclinaron sobre el cadáver del gaviero, diciendo:

—¡Y va uno!

Martínez erraba, como un loco, al través de las oscuras soledades, corriendo con la cabeza desnuda y humedecida por la lluvia que caía a torrentes.

—¡Socorro!... ¡Socorro! —aullaba,

tropezando en las rocas resbaladizas.

De repente oyó el ruido de un torrente en lo profundo de un barranco. Miró; era un pequeño río que se precipitaba a quinientos pies de profundidad.

A pocos pasos sobre el torrente mismo había un puente, formado de cuerdas de agave, el cual, mantenido a las dos orillas por algunas estacas hundidas entre las rocas, oscilaba al viento como un hilo tendido en el espacio.

Martínez, asiéndose de las lianas se

